

YA LO DABA POR PERDIDO

Enrique Del Carpio Monroy

Recuerdo la agonía de mis veinte años muy bien. Dos días antes, el domingo en la tarde, la pasé muy bien con Lucianita Santillán. Se había mudado al nuevo condominio que quedaba a dos cuadras de mi casa y la había conocido solo un día antes en el gimnasio. Agarraba muy bien, no lo puedo negar, pero sería muy pasajera, eso lo sabía. En la noche recibí la visita de Anabel, una de las pocas amigas que aún conservaba de mi primer colegio, quien tras un par de cervezas quiso darme un afectuoso regalito. Siempre le gusté, me dijo, pero ella a mí no, el temor de perder esa vieja amistad me ganó y no acepté. El día siguiente, y el último de la agonía, sucumbí ante la belleza de tantas chicas y no paré de coquetear con ellas y ella conmigo, claro. Pero había una chica que me tenía más nervioso que cualquier otra sin que haya pasado nada.

Ya lo daba todo por perdido, cuando la vi. Llegó con esa sonrisa fácil y amigable. Como siempre, y no pude evitar fijarme en sus ojos y dejar volver aquella magia. Se plantó frente a mí. Soplaba el té caliente que acababa de comprar y me miraba con su clásica sonrisita sarcástica. Estuve molesto con ella porque dos días antes no había ido a celebrar conmigo, previo a mi cumple. No la veía desde el miércoles de la semana anterior y había estado todo el maldito fin de semana teniendo un mal presentimiento con ella, sintiéndome un idiota por no haberle dicho antes que me gustaba, habiendo tirado por la borda aquella posibilidad. Me preguntó muy tranquila cuándo sería mi cumpleaños o si es que ya había pasado.

—¿Es un día de estos, no?

—Vamos para allá —le dije señalando con la mirada las piletas del pabellón R, a la vez que sonreía y procedía a beber un poco de agua. Estaba nervioso.

Puso una carita de extrañada mirando al vacío y ladeando la cabeza un poco me dijo:

—No, no. Dime ahora.

La estaba queriendo mucho y mientras nos dirigiáramos al R, di un nuevo sorbo y le dije que mi cumpleaños sería al día siguiente y que ese día me reuniría con mi familia y tal vez algún amigo que me fuera a visitar a casa para esperar las doce de la noche y celebrar mi paso a base dos.

—No puedes faltar —le dije—. El sábado no fuiste a Mokara para bailar conmigo así que hoy irás para celebrarlo en mi casa. No bailar, pero sí estar conmigo.

—Sí, claro —dijo entrecortado—, pero no sé a qué hora pueda porque tengo clases hasta muy tarde.

La comprometí así de fácil y quedamos en que la recogería en el cruce de las avenidas Arequipa con Javier Prado e iríamos juntos en un taxi, porque ella no conocía nada de San Miguel, mi distrito. Llegamos y todos los que irían ese lunes ya estaban desde hacía buen rato: mis padres, algunos tíos (biológicos y sentimentales), un par de primos y dos grandes amigos de toda la vida, Beto y Aldo. Charlamos todos un buen rato y comimos mucho. Me sentía tan afortunado de estar con la chica que tanto me gustaba, cantando el *happy birthday* y presentándola a personas tan importantes para mí. Miraba el espejo de rato en rato para grabarme la mayor cantidad de imágenes posibles en la mente y también tocaba su pierna para sentir que era de verdad. Al rato, habiéndose ya ido algunas personas y quedando solo mi más cercana familia, mis dos amigos y Maja, quise salir a fumar con ella. En verdad, quería estar a solas con ella. Poco después, salieron a despedirse los últimos tíos que quedaban y Beto y Aldo se nos unieron. Compramos unas cervezas más y a los quince minutos “tuvieron que irse”.

Estábamos solos y sentados en la puerta del edificio donde vivía yo. Por mi mente pasaron muchas huachaferías y romanticismos, pero nunca —y lo digo de veras— lo que pasó.

—Quiero conocer tu cuarto, —me dijo de repente.

—Claro, —asentí.

No entendía nada hasta ese momento. No sé si debía entender algo, con ellas nunca se puede estar seguro. Acabamos las cervezas que quedaban y entramos de manera muy normal, sin ninguna malicia de parte mía. Mi chica se sentía atraída por mí, lo sentía, y dio un gran paso con aquella curiosidad. Entramos muy despacio. Ella pasó primero. Yo estaba como en el cielo, cogiéndome el rostro y jalándome el pelo y la barba, sin que ella lo notara. Estaba muerto del miedo. Giré para verme en el espejo y al voltear de nuevo ella ya estaba en la cama, recostada boca abajo, ojeando la revista de la universidad, y yo ya empezaba a sentirme travieso. Cerré la puerta muy despacio para no despertar a mi madre y sin querer queriendo, le puse seguro para que nadie entrara. Ya estabas muy travieso Enriquito, ¿en qué pensabas?

Me recosté a su lado como un santito y empecé a leerle lo que había escrito para el profe Eslava, y que luego publicó en la revista. La miraba de reojo y ella se veía tan linda, de piel blanca y cabellos rojos, estaba muy sexy. Le leía lentito y le explicaba algunas palabras. Con cada pregunta que ella me hacía se me salía el corazón de lo emocionado, estaba muy acelerado y temía sufrir un síncope. Sentía que estábamos conectados, ella y yo, calor, pasión, y un conjunto de sentimientos extraños me invadían. Volteé para verla y fue inevitable. Nuestros ojos se encontraron brillantes y sonreímos; el beso fue algo necesario. Estábamos por completo seducidos. La excitación era mucha y el aura que nos rodeaba

también así de intenso. Me quité lo de arriba y, aunque ella también, abrió los ojos como recobrando lucidez y me paró en seco.

—No. No vamos a dormir juntos, *Endrique* —dijo muy segura de sí misma y con el ceño algo fruncido—. Pero sí que me gustas...

Cerrando ligeramente los ojos, enredó sus brazos en mi cuello y llevó mi boca a la suya. Me besó y la besé con toda el alma, con todas mis ganas. La deseaba tanto.

—¿Tienes condón? —me dijo agitada y con la boca muy roja.

—No... —le respondí, con real inocencia.

—*Endrique*, no podemos hacerlo. No así. Tú podrías tener alguna enfermedad o no sé. No me conoces tan bien, ni yo a ti, sabes...

—Oh Maja —repuse, mirándole el vientre y sonriéndole trémolo—, me parece gracioso que me digas eso, de veras. Cuando eres tú la primera chica con la que voy a estar.

Me miró fijamente, perpleja. Tras unos segundos, de mis ojos pasó a mi boca. Cuando hubo cogido mi cuello por segunda vez, ya no habría marcha atrás...